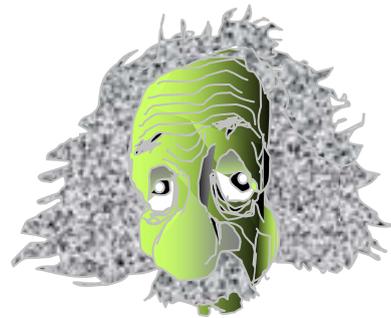




EL ESPÍRITU CREADOR DE LA LOCURA (Psiquepoietesmanias)

Un Diálogo Inverosímil entre Einstein y Don Quijote



PRÓLOGO

EL HONGO

Albert Einstein está sentado en la playa de la Persistencia de la Memoria, junto a una barca. Se ha quitado los zapatos y juega indolente con la arena. De vez en cuando se escucha el entrechocar lánguido del tic-tac equivocado de los relojes que jadean.

CAPÍTULO I

ESQUIZOFRENIA

EINSTEIN: No sé qué hago yo aquí. Esclavo soy sin duda de mi propia creación.

(Entra en la escena Don Quijote con su espada. Viene desde el mar más lejano, libre de armaduras y de la intimidación del Sol. Al verlo, Einstein se levanta y ambos se abrazan.)

DON QUIJOTE: Mi querido Herrn Albert. Qué gran alegría poder reunirme con vos, ¡oh señor de los espacios circulares y las cuevas sin retorno!

EINSTEIN: Señor Don Quijote vos sois un loco extraordinario.

DON QUIJOTE: Y vos Herrn Einstein un extraordinario paranoico.

EINSTEIN: Exacto. ¿Cómo lo supisteis?

(Se sientan cómodos sobre la arena.)

DON QUIJOTE: Yo, querido profesor, tuve dos grandes amigos: El Sol y la Locura. Ellos me han conducido siempre a la verdad.

EINSTEIN: Yo sólo uno: La intuición. Sin yo saberlo, ella me llevó hasta vos y vuestro valor me condujo entonces por los caminos de la ciencia a los grandes descubrimientos que se me atribuyen. No se por cuanto tiempo, pero vos y yo somos los dueños del futuro, señor Quijano.

DON QUIJOTE: Hacia ese futuro vayamos señor poquito a poco y, pues en los nidos de antaño no ha de haber pájaros mañana, disfrutemos hoy abiertamente de nuestra tan fértil y común bifurcación enajenada.

EINSTEIN: Y si las guerras se han de hacer tan cruelmente contra niñas y muchachas, preparemos nuestras armas de piedra y palo para combatir la inusitada y feroz cordura de aquellos que planean inmensos hongos prehistóricos, escondidos en los rascacielos del horror y la blasfemia.

DON QUIJOTE: Nuestras obras no reflejan mi buen señor sino la locura esencial de la naturaleza, el sesgo de todas las cosas que son santas. La terrible cordura de los banqueros no tiene ni poetas ni estaciones que la canten, sólo un estéril crepitar de huesos y un interminable y triste llanto.

EINSTEIN: Deberíamos tratar otros paisajes, señor Quijano, pues yo ya no tengo edad para tanto dolor, para tanta amargura.

DON QUIJOTE: Deberíamos sin duda mi señor sabio, ya que mi edad, de pronto, son miles de miradas y de años. Y cada mirada esconde una lágrima furtiva y cada año un nombre de batalla, de territorio perdido.

EINSTEIN: Huyamos entonces a los fértiles paisajes del valor y la ciencia pura.

DON QUIJOTE: ¿Qué hacéis en este lugar tan extraño?

EINSTEIN: A él me ha traído mi propia obra. Ahora descanso ya libre de inquietudes. ¿Y qué hacéis vos aquí?

DON QUIJOTE: He venido a hablar con vos. Ya libre de inquietudes, yo descanso por todo el Universo.

CAPÍTULO II

GENIO Y LOCURA

EINSTEIN: Decidme.

DON QUIJOTE: Pues señor, perdidos nuestros amores y dueños del futuro, quisiera comparar ahora vuestra obra con la mía, pues no va tanto de la una a la otra como se podría creer.

EINSTEIN: ¿Cómo puede ser eso? Mis teorías y descubrimientos son frutos de la ciencia mientras que vuestras hazañas son hijas unigénitas de la locura.

DON QUIJOTE: Vos mismo habéis admitido ser un poco loco también. Tomemos por ejemplo vuestra hipótesis sobre la dualidad de los objetos. Ese misterioso dictado del genio que asegura que la esencia de la luz cambia según la circunstancia en la que se encuentre. Más ¿cuál es la diferencia real entre esto y los molinos de viento los cuales vistos desde lejos son verdaderos molinos y tal cual gigantes en mi mente?

EINSTEIN: Una muy importante: mientras la naturaleza dual de la luz ha sido verificada en experimentos, vuestra incertidumbre de molinos y gigantes sólo se validó en la extraña cocina de vuestra mente enferma.

DON QUIJOTE: Más parece este razonamiento propio de vizcaíno que de vuestra gran discreción, pues todo experimento es creado en una mente sea o no sujeta a la locura. ¿No validaba vuesa merced la realidad de los fenómenos naturales mediante experimentos mentales? Pues si así, ¿cuál es la diferencia esencial entre mis molinos y vuestra dualidad?

EINSTEIN: Hábil señor Quijano. Muy hábil. Pero aún así la esquizofrenia y la paranoia son alucinaciones distintas de las mentes descarriadas.

DON QUIJOTE: Al fin y al cabo, un molino funciona de manera periódica como si fuera onda y un desaforado gigante no es más que un gran amasijo de materia perversa.

CAPÍTULO III

TIEMPO Y RELATIVIDAD

EINSTEIN: Pero permítame plantearle la siguiente paradoja. Si acordáramos admitir vuestra tesis, habría que convenir que vuestro personaje sólo puede concebirse en los límites más extremos de mi teoría de la relatividad.

DON QUIJOTE: Cierto.

EINSTEIN: Es decir, allá donde vuestro Rocinante cabalgara garbosamente a velocidades muy próximas a la de la luz y donde vos tendríais ahora más o menos una edad que frisaría la que teníais cuando emprendisteis vuestra gran aventura. ¿Cómo diablos señor Quijano es que hace ya más de cuatrocientos años que estáis muerto y enterrado de largo a largo?

DON QUIJOTE: Rocinante fue un caballo casto, leal y bien nacido al que no hubiera cambiado ni por Bucéfalo ni por Babieca, pero pensar que alguna vez fue más allá de un cierto trotecillo más o menos alegre es pensar en lo escusado.

EINSTEIN: No es necesario que él corra; si Rocinante no lo hace, basta con hacer que los campos de la Mancha desfilen raudos frente a sus ojos.

DON QUIJOTE: ¡Eso es locura!

EINSTEIN: No mayor que la vuestra. Debéis recordarlo señor. En cualquier caso vos deberíais estar aún entre los vivos.

DON QUIJOTE: Erráis de nuevo como buen sabio que sois. ¿No habéis caído en la cuenta, alma de cántaro, de que yo ni he nacido ni he muerto y de que, inmutable, nunca habré de morir? Creedme Herrn Einstein, de vuestra revolución a la mía va bien poco.

EINSTEIN: ¿Es que tal vez habría que considerar a vuestro personaje como un efecto de la relatividad? ¿Hay algo en vos y en vuestra obra que pudiéramos denominar la relatividad de Don Quijote? Yo más bien os veo, querido manchego, como un viajero en el tiempo en pos de una utopía.

DON QUIJOTE: Si. En pos de un sueño que dicen imposible.

EINSTEIN: Imposible y tan fracasado como el mío.

DON QUIJOTE: Quizá tengáis razón, pero hay que darle tiempo al tiempo pues no conviene elevar a definitivas las miserias de ninguna época de la historia. Ninguna es especial en ningún sentido. Yo, a pesar de los terribles horrores de vuestro siglo, aún confío señor en que, por muy negras que hayamos visto las cosas, mi sueño llegue a triunfar en el futuro que aún no conocemos.

EINSTEIN: No quiero ni puedo arruinar vuestras esperanzas. Ojalá la razón esté de vuestra parte en esto. ¿Pero qué me decís de la relatividad de vuestro personaje? Todavía no habéis respondido a mi pregunta. ¿Existe una relatividad de Don Quijote que pueda sustentar vuestra tesis?

DON QUIJOTE: Vos mismo ya lo habéis hecho. Yo, en efecto, soy el viajero del tiempo por antonomasia. Siempre hacia un futuro que aún está por llegar en el que la reina absoluta se llama libertad y no existen las palabras tuyo y mío. Pero vos más que nadie tendréis que convenir conmigo, Herrn Einstein, que los viajes y viajeros por el tiempo no pueden existir fuera del contexto de vuestra relatividad. En realidad no son sino puros efectos de la misma. En este punto mi obra y yo mismo somos hijos naturales de vuestra obra y mi tesis resulta así fortalecida.

EINSTEIN: ¿Pero cómo vuestro autor pudo saber esto hace tantos siglos?

DON QUIJOTE: Vos no sois el primer genio que ha visto el mundo. Además, tal vez el gran Side Hamete pudo viajar también en el tiempo, y visitar el futuro. ¿Quién puede saberlo?...

EINSTEIN: Así pues...

DON QUIJOTE: Tendrá que admitir que mi tesis ha salvado felizmente la difícil prueba de vuestra relatividad.

CAPÍTULO IV

GRANDEZAS, RAZONES Y UTOPIÁS

EINSTEIN: Vuestra obra y mi obra no son desde luego ajenas.

DON QUIJOTE: Y aún la mía sobrepasa un tantico a la vuestra en lo tocante a la ética.

EINSTEIN: ¡Caballero!

DON QUIJOTE: Por no hablar señor de mí aventura o desventura con los galeotes la cual se adelantó con creces en contenido y alcance a vuestro pacifismo y afán de libertad.

EINSTEIN: He de admitir que vuestra locura genera grandezas y razones que mi razón no alcanza.

DON QUIJOTE: El discreto Einstein y el loco Quijano andan a la par por los más altos andamios del pensamiento.

EINSTEIN: Más, ¿qué será de vuestra utopía, de la esperanza de un paraíso en este mundo?

DON QUIJOTE: Nadie ha podido volver del futuro y, por ello, nos habremos de acostumbrar a convivir con este gran interrogante de la humanidad.

EINSTEIN: Este interrogante es el gran dolor del mundo.

DON QUIJOTE: Y su resolución podría hacernos fracasar a ambos.

CAPÍTULO V

AGUJEROS NEGROS

EINSTEIN: Callad y escuchadme pues he dado ahora con un razonamiento irrefutable para convenceros de la debilidad de vuestra tesis, de que vuestra obra y la mía son equivalentes.

DON QUIJOTE: Atento os escucho.

EINSTEIN: ¿Sabéis señor hidalgo que mi gran teoría de la relatividad predice la existencia de unos extraños objetos a los que llaman agujeros negros?

DON QUIJOTE: Quién podría ignorarlo.

EINSTEIN: Pues bien, si vos cayerais en uno de esos agujeros, nada encontraríais en su interior que os resultara familiar pues todo sería como si estuvierais en un universo distinto. Yo mantengo que vuestra locura no llegó nunca a tanto.

DON QUIJOTE: ¿Es que no habéis oído hablar de mi visita a la cueva de Montesinos? Allí señor Einstein reina el mago Frestón y, como sabréis sin duda, su magia no encuentra explicación en nuestro universo.

EINSTEIN: ¡Ahí os quería ver llegar! Vos salisteis de la cueva una vez vivida vuestra extraña experiencia. Más sabed que nada ni nadie puede salir de un agujero negro. Aquí la ciencia os adelanta querido manchego.

DON QUIJOTE: Quizá tengáis razón, pero, aunque ya un poco sordo, algo he podido oír acerca de cierto sabio inglés que mantiene que cuando se aplica una teoría que dicen verdadera, aunque extraña, llamada teoría de los cuantos, los agujeros negros sí que dejan salir un tenue vaho de objetos al exterior. No olvide el gran físico que los españoles conocemos bien este tipo de escapadas, al vernos obligados a soslayar a menudo los desafueros de una España Negra y Confinada.

CAPÍTULO VI

LA TEORÍA CUÁNTICA

EINSTEIN: ¡Tenía que aparecer! ¡Era inevitable que me la restregarais por la cara! ¡Hasta en la sopa de vuestra locura se aparece la teoría cuántica!

DON QUIJOTE: Me parece señor Einstein que la dicha mecánica os perturba tanto a vos como a mí la denodada actividad de los sabios encantadores.

EINSTEIN: No os extrañe esto señor hidalgo, pues como tales también actúan los que apoyan y bendicen esta teoría, científicos famosos como Heisenberg, Bohr o Pauli.

DON QUIJOTE: Contra ellos nada pueden ni el valor y fortaleza de mi brazo ni la sorprendente altura de vuestro genio y discreción.

EINSTEIN: Aunque todos creen ahora en esos cuantos, habréis de saber que ¡Dios no juega a los dados ni es malicioso, señor de la Mancha!...

DON QUIJOTE: Calmaos señor y dejemos en suspenso esta cuestión ya que parece cosa de encantamiento. Habrá de saber, señor mío, que los encantadores instigan el sufrimiento de los hombres honrados a los que con sus mentiras, esa arma tan eficaz de masiva destrucción, hacen recorrer los vericuetos más sórdidos de la historia.

EINSTEIN: Dejémosla estar pues por ahora que yo admito de todo corazón que cualquier camino trazado a través de las sombras caliginosas de lo

desconocido conduce inexorablemente a la verdad o a la incomprensión de los hombres.

DON QUIJOTE: Ahora estáis en razón.

EINSTEIN: Con todo ello, no quisiera dejar sin sacar a la luz una duda que siempre me rondó las mientes. ¿Dijisteis señor Don Quijote alguna mentirijilla a Sancho al salir de la cueva de Montesinos?

DON QUIJOTE: A esto quisiera responder con la verdad, más lo cierto es que no puedo. He olvidado lo que le dije al gran Sancho en tal ocasión. Y aún si lo recordara, hablaros de ello sería tanto como pedir os a vos que pusierais de manifiesto ciertos sesgos y opiniones que, siempre por mor de la verdad, dejasteis deslizarse en vuestros admirables cálculos matemáticos.

EINSTEIN: Dejemos pues esta cuestión en suspenso también.

DON QUIJOTE: Dejémosla. Más con todo, todavía me iré algo descontento de no llegar a saber qué cosa es eso que llaman teoría o mecánica cuántica.

EINSTEIN: Yo satisfaré vuestro deseo en pocas palabras señor hidalgo. Imagine su caballeresca valentía un gatito encerrado en una caja junto con un frasco de veneno cuya apertura la acciona el poder de esta malhadada teoría. Pues bien, en tal caso, el minino estaría vivo y muerto a la vez. Tal es el verdadero intrínquilis de la mecánica cuántica

DON QUIJOTE: Así pues, si bien os entiendo, al final de todo, la susodicha teoría dictaría la existencia de un universo literario donde Don Quijote está vivo y otro donde Don Quijote real y verdaderamente murió tal y como deseaba su autor.

EINSTEIN: En efecto, así de extraña y controvertida es esta mecánica.

DON QUIJOTE: Más, ¿qué hay de cuántico en mí que justifique esta nueva locura?

EINSTEIN: El cerebro de vuestro autor y sus infinitos vericuetos y sutilezas microscópicas.

DON QUIJOTE: Malhaya entonces la teoría que tal cosa permite pues da pábulo a que, a despecho de mi querido Don Miguel, gentecilla con tan resfriado ingenio como el tordecillesco Avellaneda me saque de nuevo

cuantas veces desee por la gélida y triste Castilla la Vieja o por donde le venga en gana, contra todos los fueros y condiciones de la fuesa.

EINSTEIN: Es de nuevo la locura.

DON QUIJOTE: Más esta vez locura perversa e insana, sin duda generada por vuestros malvados sabios encantadores. De aquí en adelante, téngame Herrn Einstein por vuestro más fiel aliado en esta causa ya que por lo dicho, veo ahora claramente que vuestros contrarios magos, Heisenberges y Bohres, junto con los míos, Frestones y Malambrunos, forman una sola y única caterva que a ambos nos es contraria y perjudica grandemente.

EINSTEIN: No podría tener mejor y más verdadero aliado, amigo mío.

DON QUIJOTE: Más fiel, al menos, no lo encontrareis en todo el mundo.

CAPÍTULO VII

CIENTÍFICOS Y CABALLEROS

EINSTEIN: ¿Alguna cuestión más en apoyo de vuestra tesis?

DON QUIJOTE: Si. La última pero no por ello la de menor enjundia.

EINSTEIN: Desembuche el caballero que soy todo oídos.

DON QUIJOTE: Es mi creencia Herrn Einstein que los hombres de ciencia son, entre todos los hombres, los que desarrollan una actividad más parecida a la de los caballeros andantes. Y esto digo por la entrega y dedicación que ambas profesiones requieren, así como por la altura y altruismo de sus metas y por la ingratitud y poca recompensa que reciben del común de los mortales. ¿Cuál es vuestra opinión?

EINSTEIN: Nada tengo que decir sino acordar plenamente en ello, y aún añadir que muchos adolecen de entender nuestros respectivos oficios y objetivos.

DON QUIJOTE: Bien es cierto lo que decís. Veo con gran satisfacción que estamos de acuerdo y que mi tesis se mantiene.

CAPÍTULO VIII

EL ARTE DE AMAR

EINSTEIN: Más quisiera yo haceros ahora una pregunta: ¿Cuál es para vos la verdad suprema?

DON QUIJOTE: La verdad suprema es Dulcinea.

EINSTEIN: El Señor es sutil pero repito que no es malicioso.

DON QUIJOTE: No os entiendo.

EINSTEIN: Dulcinea era una moza gorda y fea que olía a ajo. Al hacerla morir, el Señor os libró de ella.

DON QUIJOTE (*Sacando su espada*): ¡Maldito hereje del diablo! ¡Has de morir a mis manos aunque con ello condene al mundo a una eterna oscuridad! ¿Quién os dijo puta e hi de puta que la sin par Dulcinea fue malencarada y soez?

EINSTEIN: Fue vuestra imaginación calenturienta la que la convirtió en hermosa princesa perfumada.

DON QUIJOTE: ¡Ah gran malandrín y vil bellaco! Vos sois el sucio y narigudo; el judío cuyo olor repele a los mismos cerdos. ¡He de quitaros para siempre de por la faz de la Tierra!

EINSTEIN: Este loco quiere matarme. Más no creáis que no se defenderme de vuestras torpes acometidas.

DON QUIJOTE: Nunca estuve equivocado respecto a la sin par Dulcinea. Venid a mí todos los estetas del mundo y, antes de que yo le de muerte, certificad a este loco ignorante que sólo la maldad de magos envidiosos dio apariencia desagradable a Dulcinea.

EINSTEIN: Yo se bien, y famosos casos históricos han puesto de manifiesto, que lo que llamamos amor platónico suele tener un final trágico.

DON QUIJOTE: ¿Más trágico que maltratar a la propia mujer, despreciarla y hacerla sufrir con aventuras ilícitas? ¿Más trágico que abandonar a los hijos hasta la muerte?

EINSTEIN: ¿Lo decís acaso por mí?

DON QUIJOTE: Por vos lo digo señor.

EINSTEIN: Nadie os dio tal derecho

DON QUIJOTE: Mi profesión de caballero andante me lo permite y exige.

EINSTEIN: Vos no sabéis nada del amor. Lo que decís es totalmente teórico e imaginado. Nunca estuvisteis con una mujer de verdad sino con fantasmas creados por vuestra exaltación.

DON QUIJOTE: ¿Llamáis fantasma a Dulcinea?

EINSTEIN: Ni siquiera eso. Dulcinea no pasó de vulgar labradora harta de ajos.

DON QUIJOTE: Pagaréis vuestra sandez y temerario atrevimiento con la vida.

EINSTEIN: Vos sois tan ignorante y vuestra paradoja amorosa es tan absurda que realmente debería ser yo quien os diera lecciones sobre la mujer y el amor.

DON QUIJOTE: ¿Lecciones vos sobre la mujer y el amor? ¿Lecciones quien ha llevado a la mujer a la desesperación y a la ruina y la ha convertido en un pingajo sólo apto para ser sometido a sus villanas sodomías? Mirad señor teutón que es Don Quijote de la Mancha con quien habláis, aquél que tuvo a la gran Dulcinea por señora de sus pensamientos.

EINSTEIN: Pues ni a vos ni a nadie he de consentirlo. Mirad que quien tenéis delante es aquél que al morir dejó desvalido el universo. El que fue idolatrado por todos mientras que vos sólo movíais a risa y ridículo. Yo fui admirado y venerado en tanto que vos erais motivo de burla y escarnio. Yo, el gran genio al que se dobló la física; vos, el payaso apaleado de las ventas y caminos.

DON QUIJOTE: ¡Me ofendéis amargamente, oh cruel y redivivo Caballero de la Blanca Luna!

EINSTEIN: Más me ofendéis vos a mi. Me iré de aquí en busca de quien me trate con el respeto que me es debido (Sale).

Don Quijote queda sentado inmóvil sobre la arena, mientras un grupo de gaviotas se adueña de la playa. Aparecen unos marineros borrachos que dan cuerda a los relojes blandos. El mar al fondo adquiere tonalidades violetas. Los relojes se yerguen y enderezan, reempiendo su monótono fluir causal hacia el futuro.

EPÍLOGO

DESINTEGRACIÓN DE LA PERSISTENCIA DE LA MEMORIA

